

Una de dragones...

El colchón cayó por las escaleras y golpeó la puerta, haciendo que mi hermano pequeño saliera volando. Se levantó, y muy serio dijo: -Otra vez, que me habéis empujado.

-¡No!-gritamos otro hermano y yo- Ahora me toca a mí- dijimos a la vez, y como los dos teníamos razón a nuestra manera, decidimos que lo mejor sería resolverlo por la forma más civilizada que se le ocurrió a mi hermano mayor: quién era el tenía más años y era más fuerte, y como yo no era nada de lo estipulado, tuve que ceder mi sitio a mi hermano, no sin antes haber luchado por mis derechos, lo cual no sirvió de nada ante la contundencia de los argumentos de mi hermano, el cual, por cierto, era ayudado por mi hermano pequeño. En ese momento empecé a entender algo de política.

La verdad, me cansé de bajar con un colchón por la escalera. Eso era para niños pequeños y por aquel entonces yo tenía 9 años, una edad respetable, y me tenía que comportar como una persona seria, sin hacer tonterías como bajar las escaleras sobre un colchón. Además, sufrimos la ira de la Reina de los dragones, que de vez en cuando se disfraza de mi madre y nos hace padecer su furia, y claro, nosotros no teníamos ninguna posibilidad de sobrevivir, excepto el pequeño, que "siempre era engañado por sus crueles hermanos mayores para hacer esas cosas tan feas" que no le gustaban a la reina de los dragones. Así que mientras mi hermano pequeño disfrutaba de su libertad, mi hermano mayor y yo planeábamos, más bien planeaba él, cómo vengarnos o, por lo menos, escaquearnos del castigo. Por lo general optábamos por el escaqueo, aunque para eso teníamos que usar las mayores técnicas de camuflaje y sigilo: esperar a que nadie estuviera por el pasillo, bajar la escalera y escondernos detrás del sofá, en un sitio que nos permitiese ver la tele sin ser vistos. Y después, lo más importante, ir corriendo a la llamada de mi madre a la primera, porque así evitaríamos que subiera a la zona de castigo-habitación y descubriese que no estábamos.

Sin embargo, recuerdo una vez que conseguimos vencer al dragón. Tendríamos tres o cuatro años. Puede que los métodos fueran un poco crueles o, incluso inhumanos. Fue un día cualquiera, uno como tantos otros. Era verano, y los tres teníamos calor, y como no teníamos piscina ni dentro ni fuera de casa de mis abuelos (en donde nos tirábamos con los colchones por la escalera), decidimos improvisar. Fuimos a un baño, pusimos el tapón en la bañera, que era lo más parecido a una piscina que teníamos, y abrimos el grifo.

Y el agua empezó a caer. Caía, caía, caía y la bañera se iba llenando, llenando y llenando, hasta que desbordó. Nuestra intención era llenar de agua todo el baño hasta que nos llegase a una altura con la que podríamos bañarnos sin problemas. Pero el plan se echó a perder cuando la Reina dragón, disfrazada de mi madre, entró por la puerta. Pero cuando nos preparamos a luchar contra la furia del dragón, de repente, sin que nadie lo esperase, la reina dragón empezó a llorar. Ante esta situación, pensaréis que nos compadecimos, pero lo único que conseguimos hacer a causa de la emoción fue decir:-¡Llorica, llorica, llorica!, mientras la señalábamos con el dedo. Lo siguiente que recuerdo fue que estábamos los tres limpiando el baño y con un extraño dolor en la cara.

El lado positivo es que estábamos los tres.

Fernando Arenas. FANUSE